



Michael Koryta
Esta noche digo adiós

“Un debut genial de lleno de suspense, tensión, engaños y encanto.”
Lee Child

Roja & Negra

Esta noche digo adiós

Cuando el cadáver del investigador privado Wayne Weston es encontrado en su casa y su mujer y su hija de cinco años desaparecen sin dejar rastro, los detectives Lincoln Perry y su socio Joe Pritchard son contratados por el padre de Weston para descubrir la verdad acerca de su muerte.

Un cadáver que se niega a enfriarse; un detective cínico, pero sentimental; una hermosa mujer con problemas que, por supuesto, trae problemas; mafiosos rusos violentos pero con modales; agentes de policía que infunden poca o ninguna confianza y un triste y solitario desenlace final... Con su primera novela, Michael Koryta rinde homenaje a los grandes maestros del género, Raymond Chandler y Dashiell Hammett. Ganadora del premio St. Martin Press/Private Eye Writers of America a la primera mejor novela protagonizada por un detective, y finalista del prestigioso premio Edgar de novela policial, *Esta noche digo adiós* sorprendió a la crítica —«He aquí un nuevo talento de la novela negra» (Chicago Tribune)— y a autores de la talla de Michael Connelly —«Simple y llanamente, uno de los mejores entre los mejores»— y Lee Child: «Tremendo debut de primera clase». *Esta noche digo adiós* es la primera novela de la serie protagonizada por los detectives Lincoln Perry y Joe Pritchard.

Esta noche digo adiós

Michael Koryta

Prólogo de Rodrigo Fresán

Traducción de Sergio Lledó

Roja & Negra

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *Tonight I Said Goodbye*

Primera edición: octubre de 2010

© 2004, Michael Koryta

© 2006, Michael Koryta, por el primer capítulo de *El lamento de las sirenas*

© 2010, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2010, Sergio Lledó Rando, por la traducción

© 2010, Rodrigo Fresán, por el prólogo

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-397-2287-8

Depósito legal: B-34.033-2010

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso y encuadernado en Liberdúplex

Ctra. BV2241, Km. 7,4

08791 Sant Llorenç d'Hortons

GM 2 2 8 7 8

BIENVENIDO, MR. PERRY,
o lugares comunes y asuntos personales
por Rodrigo Fresán

UNO Siempre he defendido la importancia y la funcionalidad del lugar común. Sobre todo en lo que hace a los géneros. Más respeto por los a menudo injustamente despreciados lugares comunes, por favor. No olvidar nunca –tener siempre presente– que es a partir de los lugares comunes que se ensayan las más originales variaciones. Los lugares comunes son los sólidos cimientos sobre los que se apoya la tradición a la que solo se puede «traicionar» con talento teniendo perfectamente claro y conociendo al detalle qué es lo que yace ahí abajo y enterrado vivo y por siempre joven.

Atención: no incurrir en la imperdonable ligereza de confundir un auténtico lugar común sin fecha de caducidad con la constante inocurrencia del *cliché* o la más o menos torpe e insistente parodia del *pastiche*.

Nada que ver y mucho menos que leer.

Y es que un lugar en principio original y novedoso tiene que trabajárselo mucho para ascender a la categoría de lugar común. No es algo fácil ser ascendido a semejante grado y altura.

Y cuando digo «lugar común», se entiende, me refiero a todo aquello que –manejado con gracia y con elegancia– consigue la hazaña de no estrellarse contra los postes de la vulgaridad sino que, por lo contrario, traza con pericia y finura las curvas de lo que en-

seguida será considerado clásico. Shakespeare, hoy, está lleno de lugares comunes –por conocidos y citados– que no han perdido una letra de su singularidad irrepetible.

Así, pilotos que llegarán más tarde a la meta y que salieron tanto tiempo después acelerarán ese material en forma de guiños o juegos. O, por lo contrario, si son pilotos de sangre pura, al revisitarlos conseguirán que se deslicen, una vez más, como si fuera la primera vez. Como si –reclamándolos para sí, respetuosa y apasionadamente– los hicieran suyos y nada más que suyos.

Así –cuando hay talento de verdad– el lugar común muta, en lo que hace al policial, a asuntos personales: a casos flamantes con perfume de melancólico largo adiós a los que se intenta abrir con una frágil llave de cristal a cambio de unos dólares a los que siempre hay que revisarles, por las dudas, su otro y sombrío lado.

Tal es el caso del joven Michael Koryta.

DOS Y he aquí algunos de los muy transitados senderos que el joven muy joven (más detalles más adelante) Michael Koryta explora en esta su primera novela, con admirable admiración y espíritu tradicionalista, pero nunca conservador.

A saber:

–Un título tan pero tan *noir*.

–Un protagonista cínico *pero* sentimental.

–Un *partenaire* y *buddy* y *sidekick* y *partner* y colega con el que tener a cada rato esos indispensables diálogos chispeantes e irónicos con un trago en la mano y en la boca.

–Una ciudad, Cleveland, llena de lugares oscuros y ardientes pasiones y clima frío...

–... lo que permite el clásico desplazamiento geográfico para que nuestro investigador suba la temperatura en la inevitable Florida con una escena de sexo tórrido.

–Un cadáver que se niega a enfriarse y que, no, sépanlo: no se ha suicidado.

–Un anciano con pocas ganas de pasar su retiro en paz que se niega a aceptar la versión oficial de la muerte de un hijo y pone en movimiento las ruedas de la investigación.

–Un par de desaparecidos a encontrar.

–Una hermosa mujer en problemas que, por supuesto, trae problemas.

–Una periodista inquieta y platónicamente enamorada del héroe (¿o es al revés?).

–Un magnate corrupto.

–Policías sinuosos y agentes del FBI no del todo confiables.

–Mafiosos feroces (aquí rusos) pero, aún así, orgullosos poseedores de una cierta ética y de un código de honor.

–Algunos muertos más, estratégicamente dispuestos.

–Un clímax violento y un último *twist* en la trama.

–Un desenlace triste, solitario y final.

Y lo de antes: el lector regresa a todos estos paisajes con la felicidad de saber que los conoce y, de pronto, la alegría de comprender que no los conocía tanto.

Porque –sí, esa es la clave secreta y el milagro de su naturaleza– los lugares comunes siempre tienen algo nuevo que ofrecer.

TRES Y, atención, Michael Koryta es un nombre nuevo dentro de la serie negra (en realidad ya no tanto, porque desde 2004 ha publicado nada más y nada menos que seis libros) pero nunca fue un novato. Porque con *Esta noche digo adiós* –finalista en su momento para el muy prestigioso premio Edgar y ganadora de los igualmente codiciados Great Lakes y St. Martin's / Private Eye Writers of America for Best First P. I. Novel– Koryta debutaba como un profesional curtido y experto... con apenas veintiún años de edad y una sólida novela terminada a los veinte.

Y eso no era todo: además, Koryta llevaba trabajando –en los ratos libres que le dejaban sus estudios secundarios– como periodis-

ta premiado e investigador privado. De ahí que no se demorara en darle la bienvenida como al más valioso de los freaks. Y que veteranos como Lee Child¹ y Michael Connelly² y Ridley Pearson³ —entre muchos otros colegas y críticos especializados— lo saludaran cómplices y encantados con la idea de un chico que llegaba y se sentaba a la mesa de los grandes y que, además, traía con él a un tal Lincoln Perry.

CUATRO Lincoln Perry es el detective privado con el que Michael Koryta prolonga un linaje que incluye a Sam Spade, Philip Marlowe, Lew Archer y Harry Bosch.

Pero hay una diferencia atendible: Perry (a quien, tal vez por prepotencia de apellido, no puedo dejar de leer y ver como al joven Matthew «Chandler» Perry de la serie *Friends*) tiene treinta y pico años, y parte del atractivo de seguirlo a lo largo y ancho de sus cuatro casos hasta la fecha⁴ pasa por ver cómo se va endureciendo y mejorando —con la ayuda de su más experimentado socio, el policía retirado Joe Pritchard— a fuerza de los golpes de los lugares comunes en el archivador metálico en el que se van acumulando los legajos y expedientes. Porque los argumentos de todo lo que sigue a *Esta noche digo adiós* vuelve a desbordar de reso-

1. Dijo Child: «Un debut de primera clase rebosante de suspense, tensión, juegos y encanto».

2. Dijo Connelly: «Koryta es uno de los mejores entre los mejores [...] Su Lincoln Perry va a quedarse entre nosotros por un largo tiempo».

3. Dijo Pearson: «He visto el futuro, y el nombre del mejor escritor de policiales de Estados Unidos no es otro que el de Michael Koryta».

4. Todos y cada uno de ellos a ser publicados en esta colección. Y, por si esto fuera poco, Koryta es también autor de una novela *sans* Lincoln Perry y con vástago que descubre que su progenitor no era exactamente quien él creía que era (*Emy the Night*, del 2008, ganadora del premio Los Angeles Times Book en la categoría de *mystery*) y un muy celebrado *thriller* sobrenatural que ya le ha valido comparaciones con Peter Straub, Dan Simmons y su muy admirado Stephen King: *So Cold the Lake* (2010). Cabe añadir que los libros de Michael Koryta ya están traducidos a quince idiomas y sumando.

nancias académicas y *déjà vu* bien añejado como el mejor de los whiskies.

Así, en la chandleriana *El lamento de las sirenas* (de 2006 y acaso mi favorita entre todas las suyas, nominada para el premio Shamus), Perry investiga la no del todo clara muerte de un amigo de adolescencia que eligió el mal camino pero que, para él, nunca pudo haber sido un asesino.

En la muy Hammett *Una tumba acogedora* (de 2007, y nominada para el premio Quill) es el cuerpo de un antiguo rival lo que pone a Perry tras la pista de un hijo distanciado para informarle de su herencia millonaria. El problema es que Perry encuentra al hijo dentro de una de esas bolsas con cierre relámpago que ya saben para qué sirven.

Y en *La hora del silencio*, Perry es contratado para hallar a una misteriosa heredera e hija de mafioso italiano quien nunca pudo llevar a la práctica un programa de ayudas a delincuentes en libertad bajo palabra y, por el camino, descubre secretos familiares marca Ross McDonald.

Y, sí, todo indica que esto no ha hecho más que comenzar y que la agencia Koryta & Perry va a seguir abierta y prosperando por mucho, mucho tiempo.

CINCO Y algunos detalles más dignos de figurar en el informe para el cliente que ha contratado los servicios de este autor y del detective aquí adentro.

Michael Koryta vive hoy en Bloomington, Indiana, ha sumado a su currículum un *bachelor's degree* en derecho criminal, y da clases de periodismo en la Indiana University sin por eso dejar de aceptar de tanto en tanto algún caso; en especial si tiene que ver con la posibilidad de hacer justicia para niños que no pueden defenderse.

En lo que hace a la génesis de su vocación, Koryta afirma que siempre disfrutó de los clásicos (Chandler y Hammett), pero tam-

bién de autores modernos como Robert Crais, George Pelecanos, Robert B. Parker, James Lee Burke, Richard Price y Dennis Lehane. De este último, la lectura de *Desapareció una noche* a sus dieciséis años fue lo que significó para él lo más parecido a un disparo de partida. «Fue el libro que más me conmovió y que me hizo decirme: “Tengo que intentar algo así”. Me encanta su prosa y su ritmo. En realidad (aunque en términos de carrera me imaginaba más escribiendo guiones de comedias para televisión tipo *Seinfeld*), yo siempre quise escribir novelas de detectives. No fue tanto una decisión como una parte integral de mi vida. Crecí viendo películas policiales, mi padre era un fan de Humphrey Bogart y Alfred Hitchcock. Así que escribí mi primera novela durante mi primer año en la secundaria. Fue rechazada por la editorial especializada St. Martin's Press, pero generó el suficiente entusiasmo como para reincidir en el asunto y me gustó reencontrarme con los mismos personajes. *Esta noche digo adiós*, escrita entre las doce de la noche y las tres de la mañana, el horario en el que mejor trabajo, iba a ser en realidad el segundo libro de la serie pero acabó siendo el primero. Y ahora, en perspectiva, creo que todos salimos ganando con que así fuera.»

De ahí, sin demora, a un más o menos fiable identikit de Lincoln Perry: «Si yo fuese más alto, más duro, más listo, mejor parecido y más gracioso, bueno, sería exactamente igual a Lincoln Perry. Pero no. La buena noticia es que soy más joven que él y puedo esgrimir eso como coartada. Tengo tiempo para alcanzarlo. Y, además, puedo acabar con su existencia cuando se me ocurra y de la manera en que más me guste; lo que no deja de ser otra manera de tenerlo bajo control. Ahora en serio: Lincoln es un personaje, no soy yo, no es esa la idea. Aunque hay ciertas similitudes que hacen muy placentero ponerlo por escrito. Tenemos el mismo sentido del humor. En especial en lo que se refiere a sus diálogos con Joe. Lo cierto es que siempre me ha hecho gracia leer sobre otros autores que dicen no tener nada que ver con sus personajes. Y luego los conoces y descubres que son idénticos».

En lo que hace al tema de su juventud y precocidad: «Ya saben... Tengo planeado tener mi crisis de la mediana edad cuando cumpla los veintinueve. Supongo que ese será el día en que la fecha de mi nacimiento dejará de ser parte importante de toda conversación o artículo en la prensa sobre mi persona... Me acuerdo de que cuando *Esta noche digo adiós* fue aceptada por St. Martin's Press y me llamó mi editor para darme la buena noticia e invitarme a tomar una copa, yo le pregunté cuándo sería eso, y cuando me dijo que en unas semanas, yo le respondí: «Perfecto, para entonces ya tendré veintiún años y podré beber alcohol».

Y su definición de *noir*: «Un mundo donde abundan las diferentes tonalidades de gris».

SEIS Y un último detalle, un apunte personal, una confesión de un inocente que parte de su vida pasa por lo criminal y está feliz de que así sea.

Cuando comenzó a armarse la colección Roja & Negra, yo tenía claro cuáles eran los territorios típicos del género. Y tenía claro también que lo interesante era ubicar en el mapa los mejores callejones; pero que, de algún modo, estos no siguieran el trazado típico.

De este modo y recapitulando, pienso que *El poder del perro* de Don Winslow no es la típica novela de narcotraficantes, así como la trilogía Harry Starks de Jake Arnott no presenta el típico modelo de gángster, *La química de la muerte* de Simon Beckett ofrece algo muy diferente al típico misterio forense, la serie de la médium de ojos violeta Natalie Lindstrom no invoca a los típicos fantasmas del policial con muertos-vivos, y la trilogía de los Hombres de Paja de Michael Marshall no explora el típico perfil del asesino serial.

Dentro de este espíritu –buscando escapar de la típica gabardina que se la pasa lanzando frases/eslóganes sarcásticos–, no era sencillo encontrar al candidato perfecto para ocupar el casillero «detective privado» de Roja & Negra. Mis nombres favoritos, claro, ya

estaban fichados por otras agencias desde hacía mucho tiempo. Así que leí mucho y encontré más bien poco: innovaciones que iban de lo absurdo a lo gracioso, pero que se quedaban nada más que en eso. En chistes ingeniosos que enseguida dejaban de serlo y que no demoraban en convertir la sonrisa en mueca.

Y un día llamé a la puerta del despacho de *Esta noche digo adiós* y no dudé en contratar sus servicios. Porque fue entonces cuando comprendí que lo que yo en realidad estaba buscando era otra cosa. Y que, en contadas pero en perfectas ocasiones, la originalidad y lo novedoso pasan por saber volver a las fuentes y –bebiendo de ellas, una ronda de gimlets para todos– honrarlas como se debe.

Lo de antes, lo del principio.

Lo tan poco común de saber moverse tan bien entre lugares comunes.

Muchas gracias, mister Koryta.

Bienvenido, mister Perry.

ESTA NOCHE DIGO ADIÓS

A Bob Hammel.
Le estoy profundamente agradecido por
sus enseñanzas, su guía, su aliento y su amistad.

La última vez que John Weston vio a su hijo con vida fue una helada tarde de la primera semana de marzo en la que, mientras ambos charlaban a la entrada del garaje, su nieta hacía un muñeco de nieve. Antes de marcharse, le dio una paternal palmadita en el hombro y prometió que volverían a verse pronto. Y así fue. Menos de cuarenta y ocho horas más tarde, lo vio muerto, tendido en una camilla con una bala de pequeño calibre en la cabeza. John se ahorró el horror de ver a su nieta en un estado parecido, pero la razón de ello apenas podía consolarlo. La niña de cinco años, Betsy Weston, y su madre habían desaparecido.

John Weston me contó esto cinco días más tarde, en su casa de North Olmsted, en las afueras del oeste de Cleveland. Su salón estaba limpio y ordenado, pero al tener las persianas bajadas apenas había luz, y olía mucho a tabaco. Mientras hablaba, el anciano me miraba sin rastro de pena, pero con una gran determinación.

—Escúcheme, señor Perry —dijo, lanzándome una nube de humo prácticamente a la cara—. Conozco a mi hijo. Él no se suicidó, y no le haría daño a su familia. ¿Ha visto usted las noticias? ¿Ha oído lo que esos cabrones están diciendo? Que asesinó a su mujer y a su hija pequeña y que después se suicidó. —Dio un manotazo en la mesa, lo bastante fuerte como para hacer que mi café se derramara—. No pienso consentirlo. Quiero saber qué ha pasado y quiero que usted y su compañero me ayuden a averiguarlo.

Weston estaba sentado frente a mí, en un enorme sillón de piel, mientras yo ocupaba una silla estrambótica, con un respaldo de madera curvo y un gran asiento de plástico rugoso. Cuando me echaba hacia atrás, me escurría de inmediato, hasta quedar con la cabeza a la altura de los reposabrazos. Como en esa postura me sentía ridículo, intenté un sinfín de variantes, hasta que, ya rendido a la gravedad y al resbaladizo asiento, me incorporé y me incliné hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. En esta postura parecía más interesado de lo que en realidad estaba, pero aun así era la mejor de las alternativas.

—He visto las noticias —le dije—. Pero la policía no ha dicho que se trate de asesinato y suicidio, señor Weston. Eso es obra de algún locutor que intenta ganar audiencia con sensacionalismos.

Weston mantenía el ceño fruncido. Era casi un octogenario, pero seguía siendo un hombre corpulento; en su juventud, debió de ser enorme. Ahora tenía las piernas delgadas y el estómago flácido, pero la anchura de su pecho y hombros daba idea de su anterior corpulencia. Tenía una espesa cabellera gris, una nariz que parecía demasiado grande para su cara, y unos ojos inquietos y calculadores que daban la impresión de escrutarlo todo en busca de una excusa para soltar un grito. Había perdido el meñique de la mano derecha, y el anular le acababa en un muñón justo después de la segunda falange. Mientras yo tomaba un sorbo de café, Weston se volvió y señaló dos cuadros enmarcados en la pared a su espalda.

—¿Ve usted esos cuadros? —preguntó.

Parecían escenas militares de la Segunda Guerra Mundial, y eran de buena factura. Nada demasiado espectacular, simplemente la interpretación precisa de lo que un artista con talento había visto. El tipo de cuadros que me gustan, algo que cualquiera puede apreciar sin necesidad de ser licenciado en bellas artes.

—Los pintó un compañero mío —explicó, y a continuación tosió con ganas, un sonido áspero y húmedo como el de una pala que araña el pavimento al retirar la nieve—. Son buenos, ¿no le parece?

—Muy bonitos.

Me acabé el café y dejé la taza sobre la mesa, junto a la tarjeta de visita que le había dado a Weston. INVESTIGACIONES PERRY Y PRITCHARD, decía. Lincoln Perry era yo; Joe Pritchard, mi socio. Solo hacía seis meses que habíamos abierto el negocio, pero ya nos las ingeniábamos para acumular una importante deuda. No obstante, intentábamos no jactarnos de este logro con demasiada frecuencia, sobre todo en presencia de los clientes. Antes de hacernos investigadores privados, Joe y yo éramos compañeros en la unidad de narcóticos del Departamento de Policía de Cleveland. A mí me habían obligado a presentar la renuncia, y él se había retirado del cuerpo un año después. No sé cómo, me había convencido para que fuera a visitar a John Weston yo solo, mientras él se encargaba de algo que probablemente sería una entrevista rutinaria. Empezaba a arrepentirme del arreglo.

—Lo que ve usted en esos cuadros es un planeador CG4-A y su remolcador —dijo Weston mirando de nuevo las pinturas—. Yo pilotaba un planeador.

—Supongo que sería una experiencia única.

—Supone bien. Nunca hubo nada igual antes de eso, ni lo ha habido después. Cuando empezó la guerra de Vietnam, ya tenían helicópteros haciendo ese trabajo. En mi guerra no, en mi guerra eso les tocaba a los planeadores.

Pensé en ello, en la experiencia de ir cayendo en picado hacia el campo de batalla, en silencio, sin ningún motor para impulsarte.

—¿Qué se sentía al volar en uno de esos?

Weston sonrió.

—Como si estuvieras sentado en tu porche, conduciendo tu propia casa. Volé en dos misiones de combate y en un montón más de apoyo. En mi segunda misión de combate, me vi obligado a hacer un aterrizaje forzoso y perdí algunos dedos, pero aún tuve que luchar en tierra toda la noche. Habíamos recibido el mismo entrenamiento que la infantería de combate, y mantener la posición dondequiera que aterrizásemos formaba parte del deber de un pi-

loto de planeador. Luché contra los nazis toda la noche, sin poder tomar nada que me ayudara a calmar el dolor de la mano. Pero no me fue tan mal, después de todo. Dos de los otros planeadores quedaron destrozados al tomar tierra, y unos cuantos más fueron derribados. Demonios, tenía el fuselaje lleno de agujeros de bala.

—Faltó poco, ¿eh?

No sabía adónde quería llegar Weston con esa conversación, pero estaba contento de que me sirviera para ir saliendo del paso.

—Muy poco. Pero la vez que faltó menos fue en una misión en la que no piloté. Estaba previsto que me dirigiera a una especie de fortaleza alemana en Francia; las probabilidades de sobrevivir eran muy pocas, prácticamente se trataba de una maldita misión suicida. Estábamos ya todos listos para volar, despidiéndonos de este mundo, ya sabe, convencidos de que iba a ser nuestro último viaje. Y, justo antes de partir, nos dijeron que la misión se había cancelado porque Patton había tomado ya la fortaleza. —Encendió un cigarrillo con un Zippo de acero y le dio una larga calada—. Hoy día, la gente habla muy mal de Patton, pero le diré una cosa: ese hijo de puta será amigo mío hasta que me muera.

Yo siempre he sido bastante admirador de Patton, al menos en cuanto al respeto que siento por su eficacia y genialidad en el campo de batalla, pero suponía que Weston despreciaría la opinión de un hombre que nunca había servido en el ejército, así que no dije nada. Siguió fumando durante un minuto, mirando los cuadros por encima de su hombro y perdido en sus recuerdos. Luego se volvió hacia mí y entornó los ojos de una manera que sugería concentración y voluntad.

—Le agradezco que haya venido —dijo—. Después de nuestra primera conversación telefónica, pensé que iba a rechazar el caso.

—Estoy aquí —contesté—, pero eso no significa que vaya a aceptar, señor Weston. Tiene usted a algunos de los mejores policías de la ciudad trabajando en esto, y, por lo que he oído, incluso el FBI les está ayudando.

—¡Ayudando a hacer el tonto y a perder el tiempo! —bramó.

—Yo no creo que estén perdiendo el tiempo, señor.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿dónde diablos están los resultados? Esos malditos polis vienen por aquí todos los días, y me cuentan lo que han averiguado. ¿Y sabe usted lo que han averiguado? Una mierda es lo que han averiguado, chico. En cinco días no han hecho absolutamente nada. —Adelantó el labio inferior para exhalar una furiosa nube de humo que se elevó por delante de su cara.

—Señor, hacer progresos en una investigación de tal magnitud toma su tiempo.

—Mire —replicó, intentando contener la ira—, estamos hablando de mi hijo. De mi hijo y de su familia. Tengo que hacer algo, pero no soy tan tonto como para no darme cuenta de que no puedo hacerlo solo. Necesito a alguien que trabaje para mí. Alguien que investigue el asunto con tanta determinación como haga falta.

Suspiré. John Weston estaba convencido de que su hijo había sido asesinado, a pesar de que ninguno de los investigadores de la policía parecía estar de acuerdo con él. La teoría que prevalecía en los medios, cortesía de «una fuente policial sin identificar», era que Wayne Weston había asesinado a su familia y después se había suicidado. No se habían encontrado los cuerpos y no había nada que explicara su desaparición. No había indicios de intrusión violenta en la casa, todo parecía normal, todo excepto el cadáver de Wayne Weston.

—¿Por qué nosotros, señor Weston? —le pregunté—. ¿Por qué piensa que debemos meternos en esto, cuando ya tiene a la policía haciendo todo lo que puede?

—Usted era amigo de mi hijo.

Alcé una mano reclamando prudencia.

—Únicamente lo conocía.

—Lo que sea. Usted lo conocía y él lo conocía y respetaba. Me dijo que usted y su compañero serían muy buenos cuando comenzaran con el negocio.

Había conocido a Wayne Weston hacía dos meses, en un encuentro de investigadores privados que tuvo lugar en Dayton. Era

uno de esos eventos de dos jornadas en los que durante el día hay seminarios sobre varios asuntos y por la noche se come, se bebe y se ríe en el restaurante del hotel, las tres cosas en exceso. Joe había decidido que fuéramos, porque nos brindaría la oportunidad de conocer a otros investigadores locales, hacer contactos y posiblemente conseguir algún trabajo.

Una de las noches, Wayne Weston y yo estuvimos cenando en la misma mesa. Aunque era ostentoso, vestía trajes caros y conducía un coche lujoso, era un tipo simpático y con personalidad. Y, según me habían contado, todo un investigador. Había trabajado para la agencia Pinkerton unos pocos años antes de volver a Cleveland con la intención de montar su propio negocio, con el que al parecer estaba ganando bastante dinero. Apenas habíamos intercambiado una palabra después de presentarnos, por lo que me sorprendía bastante que le hubiera hablado a su padre de Joe y de mí.

—Mi hijo no se suicidó ni le hizo daño a su familia —insistió Weston—. Esa es la gilipollez más absurda y ofensiva que he oído en mi vida. Ayer vi que en las noticias decían eso y estuve a punto de ir allí y partirle la cara a alguien. Quiero saber lo que ha pasado con mi nuera y mi nieta, para así poder olvidar esta maldita preocupación y hacer que esa gente de la televisión cierre el pico.

Al decir esto, sus ojos reflejaron una furia que intentó apaciguar dando una profunda calada a su cigarrillo. Aspiró tan fuerte que por un momento creí que se lo acabaría de un tirón.

—¿Qué es exactamente lo que usted quiere que Joe y yo hagamos? —le pregunté—. ¿Que investiguemos si su hijo fue asesinado o que encontremos a su nuera y su nieta?

—Las dos cosas —contestó, soltando una bocanada de humo que hizo que me escocieran los ojos—. A mí me parece que ambas deben de estar relacionadas.

Eso sonaba bastante lógico. No obstante, no acababa de gustarme. A la policía no le haría gracia nuestra presencia, y verme inmerso en el frenesí de los medios de comunicación tampoco era una idea que me volviera loco.

—Mire, tengo un montón de dinero —prosiguió él—. Dispongo de un buen plan de pensiones y de una cuenta de ahorros. Puedo permitirme pagarles lo que quieran cobrar.

—No es por el dinero, señor Weston —dije.

—¿No? Y entonces, ¿qué diablos es?

—La policía tiene muchos investigadores trabajando en este caso —insistí—. Cuentan con recursos y acceso a información que nosotros no tenemos, y además nos llevan una semana de ventaja. Le recomiendo que espere los resultados de sus pesquisas y vea lo que pueden hacer con eso. Si en unas semanas no han hecho nada vuévanos a llamar y puede que lo reconsideremos. —No tenía ninguna intención de reconsiderar nada, pero esperaba que eso aplacara al viejo.

—¿Sabe usted por qué le he mostrado estos cuadros? —me preguntó—. ¿Por qué le he contado lo que me pasó en la mano?

—No, señor.

Aplastó su cigarrillo en un cenicero que había sobre la mesa y se quedó mirándome con desprecio. Acto seguido, negó con la cabeza.

—Wayne era uno de los vuestros —dijo—. Vivía en la misma ciudad y trabajaba en el mismo negocio, y ese es un negocio en el que no se mete mucha gente. Hubo un tiempo en que eso significaba algo. Cuando estuve en la guerra, luchábamos por quienes estaban con nosotros. En los momentos previos a la batalla, cuando la preparábamos, todo tenía un objetivo patriótico: salvar el mundo, proteger la libertad de nuestras familias, que nos esperaban en casa. Pero ¿sabe qué?, cuando la cosa llegaba al combate en tierra, eso ya no estaba en tu cabeza. Luchabas por los chicos que se encontraban a tu lado, por tus compañeros, por proteger a los tuyos. —Me miró con expresión triste—. Tal vez mi generación fuera la última que tenía esa clase de lealtad, esa clase de camaradería.

Eso fue un golpe de los duros. No contesté de inmediato, pero sus palabras resonaron en mi interior como él esperaba que lo hicieran. Yo no había conocido bien a Wayne Weston, y ni siquiera es-

tábamos en la misma guerra, sino en el mismo negocio, pero sentido allí, frente a aquel hombre, con aquellos cuadros de la Segunda Guerra Mundial, su mano mutilada, su hijo muerto y parte de su familia desaparecida, esa forma de razonar pareció penetrar en mí de algún modo.

—Dígame por qué hace esto —prosiguió—. ¿Qué es lo que lo mantiene en este negocio? ¿Qué quiere?, ¿hacerse rico persiguiendo esposas que se la pegan a sus maridos? ¿Cree que impresiono a las mujeres diciéndoles que es investigador privado? ¿Eh?

Me quedé mirando el suelo, intentando no soltarle una inconveniencia.

—No —contesté al fin, con voz tranquila—. Nada de eso, señor.

—¿En serio? Entonces, ¿por qué demonios lo hace?

No contesté nada.

—¿Y bien? —insistió él—. ¿No me va a dar una respuesta, hijo?

Levanté la cabeza y lo miré.

—Lo hago porque soy un detective condenadamente bueno —dije.

—Cree que es un detective condenadamente bueno, ¿eh?

—No es que lo crea, señor. Lo soy. Lo mismo que mi socio.

Sonrió sin que su sonrisa reflejara placer ni diversión.

—Pues entonces demuéstremelo.

Me encontré con sus ojos, le sostuve la mirada durante un momento, y luego asentí brevemente.

—De acuerdo —dije—. Lo haremos.

—Muy bien, esta es la última vez que permito que veas a un posible cliente tú solo —dijo Joe Pritchard—. Creía que habíamos quedado en que no queríamos meternos en ese lío.

Esta escena tenía lugar a la mañana siguiente, con los dos sentados en la oficina. Joe, que acababa de correr ocho kilómetros, estaba empapado de sudor y todavía jadeante. Había pensado que aquel sería el mejor momento para darle la noticia, con la esperanza de que estuviera demasiado cansado como para que le importase. Pero no tuvo suerte. Hacía falta algo más que una carrera de ocho kilómetros para fatigar a mi compañero.

—¿Y por qué no darle una oportunidad, Joe? No es que nos estemos forrando, así que ¿por qué vamos a rechazar lo que nos llega?

—Porque el dinero no compensa los problemas. —Suspiró y se secó la cara con una toalla. Llevaba zapatillas de correr, mallas largas y una chaqueta de nailon. Si le hubiera preguntado a diez extraños por su edad, todos sin excepción le habrían echado diez años menos—. Simplemente, no me gusta la idea de trabajar con el Departamento de Policía de Cleveland.

Era comprensible. Joe se había retirado hacía solo seis meses, y era consciente de que trabajar en una investigación policial en curso desde fuera le resultaría extraño. Pero ahora ya era demasiado tarde. Yo había cerrado el trato con Weston y tenía un cheque de dos mil dólares en mi bolsillo como anticipo, para sellar el acuerdo.

—Vamos, hombre —le dije—. Tú sabes que este caso te interesa, y tampoco es que nos lluevan los proyectos, precisamente.

Masculló algo, pero no dijo nada, tan solo miraba alrededor, como si les pidiera a los muebles que se pusieran de su parte. Nuestra pequeña oficina está en la zona oeste de la ciudad, en la segunda planta del edificio antiguo del banco. Tiene un suelo de parquet que necesita un pulido urgente, dos escritorios, un pequeño retrete con lavabo, una oficina anexa y paredes recién pintadas que dan miedo de lo brillantes que son en contraste con el viejo edificio. Mi contribución al mobiliario está frente a nuestros escritorios: un conjunto de cuatro asientos de madera del antiguo estadio de Cleveland. A principios de los noventa lo echaron abajo y sacaron algunos de sus objetos a subasta. Yo me agencí las sillas e hice que las barnizaran. En mi opinión, habían quedado bastante decentes, aunque tal vez un tanto fuera de lugar. Joe se refería a aquellos asientos con varios nombres vulgares y se negaba a sentarse en ellos. Costaba creer que fuera hinchas de los Indians. No tenía ningún sentimiento de nostalgia.

—Ya le he dicho a Weston que lo vamos a hacer —dije—, así que no le demos más vueltas a si teníamos que haber aceptado el caso o no, y averigüemos qué vamos a hacer.

—Pues podríamos empezar por conseguir un bocadillo —propuso Joe—. Me muero de hambre.

Joe tenía un apetito voraz, pero apenas bebía más que agua y corría varios kilómetros al día, así que estaba en forma y conservaba la figura incluso a sus cincuenta años.

—No le he prestado mucha atención al caso —contesté, ignorando sus palabras—, así que tal vez tengamos que revisar los artículos de los periódicos antes de llamar a la policía de Cleveland. Odio que parezca que no me he informado, ya lo sabes.

—Lo que estás buscando es una excusa para arrastrar a Lois Lane a esto —suspiró—. Justo cuando creía que la cosa no podía ser peor. Sonreí sin disimulo.

—Estoy seguro de que Amy estará encantada de ayudarnos en todo lo que pueda.

—Fantástico —dijo—. Te diré lo que vamos a hacer. ¿Qué te parece si rastreas toda la información al respecto mientras yo voy a por algo de comer? Luego, cuando vuelva, tú podrás hacerme un resumen conciso y yo podré concentrarme sin que me distraigan los ruidos de mi estómago. —Se apartó del escritorio.

—Por mí, de acuerdo —contesté, mientras él abría la puerta para irse—. Ya suponía que me tocaría hacer casi todo el trabajo. Vosotros, los viejos, no tenéis aguante para seguir el ritmo.

Amy Ambrose convino en pasarse por la oficina a la hora del almuerzo con todos los artículos relevantes. Hacia el mediodía, apareció por la puerta frunciendo la nariz.

—Vuestra escalera apesta. ¿Otra vez tenéis a todos los borrachos del barrio durmiendo aquí?

—Hola a ti también.

—Vale.

Se quitó el abrigo y se dejó caer en uno de los asientos del estadio. Se la veía estupenda, como siempre. Llevaba el pelo un poco más largo que cuando nos conocimos en verano, pero continuaba teniendo el mismo tono rubio oscuro, la misma sutil ondulación. Amy era reportera del *Daily Journal* de Cleveland y el verano anterior le habían asignado la cobertura de la investigación de un asesinato. La víctima era un cliente de mi gimnasio, así que se plantó ante mi puerta buscando información. Con mi elegancia habitual, la mandé al infierno. Al día siguiente estaba de vuelta con más información sobre mí y sobre el caso de la que la mayoría de reporteros podría averiguar en una sola noche. Se había ganado mi respeto, mi ayuda y, en breve, mi amistad. Era extrovertida, descarada y engréida, pero también tenía una fuerte personalidad y carecía de dobleces. Esto fue lo que nos atrajo: dos solitarios con seguridad en sí mismos que cuando estaban bajo presión tan solo confiaban en su propio juicio y habilidad. Aparte de Joe, Amy era mi mejor amiga, y, aunque yo le decía a todo el mundo que la veía

como a una hermana, había una pequeña parte de mí que reconocía que cuando estaba ante mi verdadera hermana no se me cortaba la respiración del mismo modo que cuando la veía a ella.

—Así que a Pritchard y a ti os parece que podéis conseguir lo que un montón de policías y unos cuantos agentes del FBI no han podido hacer, ¿no? —empezó Amy.

—No somos tan engreídos —contesté—. Supongo que tardaremos dos, tal vez tres días en lograrlo.

—Claro —dijo ella sonriendo—. Bueno, pues parece que tenéis bastante trabajo. Le he echado un vistazo a todo esto antes de venir y, si la policía tiene alguna pista que merezca la pena, está claro que no la están compartiendo con los medios.

—¿Tú no estás cubriendo la historia?

—No, se la han dado a otro reportero, uno que se llama Steve. Escribe bien, pero no sé si tiene intuición para el trabajo de investigación.

Amy vio una minúscula arruga en sus pantalones, puso cara de contrariedad e intentó alisarla con la mano. Esas pequeñas cosas son las que le molestan. No le importa en absoluto que la parte trasera de su coche sea un completo vertedero, pero no puede con las arrugas.

—¿Me has encontrado algo de información? —le pregunté.

—Aquí tienes todo lo que Steve ha escrito sobre el caso —respondió, dándome un montón de fotocopias—. Esto es todo lo que he podido conseguir.

Les eché un vistazo. Para haber pasado tan solo cinco días, había un buen número de artículos, pero ninguno de ellos decía más de lo que ya sabía. El cuerpo de Weston había sido descubierto la mañana del miércoles por la mujer de la limpieza. Había muerto a consecuencia de un único disparo en la sien que le había provocado una herida en el lado derecho de la cabeza, con todos los visos de ser obra de la propia víctima. El arma, una Smith & Wesson calibre treinta y ocho, permanecía en su mano derecha cuando el cuerpo fue descubierto. Estaba registrada a su nombre. Una vez visitada la escena del crimen, la policía había pasado el resto del día

intentando localizar infructuosamente a la esposa y la hija de Weston. El miércoles por la tarde, comunicaron que las daban por desaparecidas. No había prueba alguna que sugiriera un secuestro, lo cual habría hecho que el caso pasara a manos del FBI; pese a ello, varios agentes federales estaban «asistiendo» a la policía de Cleveland. El artículo revelaba que algunos vecinos y allegados sospechaban que el incidente podía estar relacionado con un caso en el que Weston estaba trabajando, pero la policía no estaba de acuerdo con esa teoría, que tenía todo el aspecto de no ser más que fruto de la curiosidad y la intriga que rodean el trabajo del investigador privado. Se habían registrado la oficina y la casa de Weston y se estaban «estudiando las pistas a conciencia», pero el detective a cargo del caso manifestaba que no había sospecha justificada de que la mujer y la hija fueran objetivo de ninguna de las personas a las que Weston había investigado.

—Bueno —dije una vez hube acabado—, el asunto todavía no está resuelto. Supongo que tendré que hacer una o dos entrevistas.

—Y yo que esperaba que encajaras todas las piezas a partir de los artículos —replicó Amy fingiendo decepción—. Vaya chasco.

—¿Cabe la posibilidad de que tu colega Steve sepa algún detalle que no haya publicado?

—Cabe la posibilidad, pero tampoco me jugaría el cuello. Ya sabes lo calladitos que están los polis al principio de una investigación como esta. Dudo que él haya oído mucho más de lo que acabas de leer, a no ser que consiguiera una fuente de primera mano.

Asentí. Hacía algún tiempo que había dejado el cuerpo, pero no tanto como para olvidarme de la lógica desconfianza que los medios inspiraban a la policía.

—Entonces, ¿cómo pensáis enfocarlo?

—Cuando Joe vuelva, iremos a ver al padre de Weston. Le preguntaremos detalles sobre su hijo e intentaremos hacernos una idea del tipo de vida que ha llevado estos últimos meses. Después iremos a la policía y veremos si podemos obtener de ellos algo de cooperación. Una vez que eso esté resuelto, imagino que nos cen-

traremos en el trabajo de Weston, nos sumergiremos hasta donde nos sea posible en sus últimos casos y determinaremos si había alguien a quien pudiera haber enfadado mucho.

Amy asintió.

—¿Crees que lo han asesinado?

—Por lo que he oído y leído, no. No creo que le hayan asesinado. Creo que se ha suicidado. Pero el padre quiere demostrar lo contrario, así que voy a tener que afrontar el caso pensando que no lo ha hecho. Por otro lado, si su familia sigue con vida, sería mucho más lógico que lo hubieran asesinado. Así que, hasta que alguien demuestre que están muertos, tendré que pensar que la policía está mirando en la dirección equivocada.

—No se te ve muy entusiasmado.

—No lo estoy. Me da la impresión de que estamos cogiendo el dinero de ese pobre hombre a cambio de meter las narices en esta porquería, y que dentro de una semana o dos la policía convocará una rueda de prensa para decir que han encontrado los cuerpos de la mujer y de la hija en el lugar donde Weston los arrojó. Espero que no sea cierto, pero resulta difícil pensar que no será así.

—Y entonces, ¿por qué habéis cogido el caso?

—Si alguien quiere que investigue algo con tantas ganas como tiene este hombre —contesté—, que me maten si no lo intento.

Amy se pasó la punta de la lengua por los labios y frunció el entrecejo.

—Yo tampoco puedo evitar dudar de la versión oficial, aunque solo sea por el tipo de trabajo de Weston. La naturaleza de vuestro negocio hace que todo el asunto parezca algo más sórdido, ¿no?

—Un poquito. —Me recliné y puse los pies sobre el escritorio.

—¿Y qué tal está Angela? —preguntó ella cambiando de tercio.

—¿Por qué dices así su nombre, como si estuvieras burlándote de mí? —le espeté.

Amy enarcó las cejas y procuró adoptar un aire de inocencia.

—¿Burlándome de ti? En absoluto. No te pongas a la defensiva. Vamos, ¿qué tal os va?

—Angela y yo hemos seguido cada uno por su lado.

—¿En serio? Lo siento —dijo, aunque en su cara veía que no era así—. ¿Te importa que pregunte por qué?

—Éramos muy diferentes. Ella era, esto, como...

—¿Un poco boba?

Puse cara de extrañeza.

—No era eso lo que yo iba a decir.

—Vaya —dijo con una amplia sonrisa—. Me he equivocado.

—No era ninguna boba, y tú solo la viste una vez, así que no eres quién para juzgarla.

—Una vez me bastó, Lincoln.

—¿Y cómo va tu vida amorosa? ¿Qué hay de ese novio tuyo presentador tan sexy, el señor Jacob Terry? —pregunté bajando la voz hasta adoptar los graves de un barítono.

—Estamos bien.

Sonreí.

—¿Qué es lo que más te atrae de él? ¿El romántico aroma de su colonia, o el litro y medio de gomina que se echa para que su impresionante melena no se mueva cuando hace sus reportajes en directo en los días de viento?

—Celos —soltó ella—. Eso es lo que tienes.

—Desbordantes —dije asintiendo—. Casi no puedo dormir por las noches.

—Ríete si quieres, Lincoln, pero yo sé la verdadera razón de que lo tuyo con Angela no funcionara: no puedes dejar de pensar en mí.

—Anda, coge la puerta y vete por donde has venido —contesté, señalándole la salida—. Tengo trabajo.

—No eres el único —respondió con una sonrisa mientras se ponía en pie—. Pero espero que me llames en los próximos días para decirme lo que habéis averiguado.

—Lo haré.

Cuando Joe volvió, media hora más tarde, fuimos a hacerle una visita a John Weston. Mientras él conducía, yo le informé de todo

lo que había averiguado a partir de los artículos, que era prácticamente nada.

—Espero que ese viejo no sea tan escandaloso y fiero como lo pintas —dijo—. No me llevo bien con ese tipo de gente.

—¿Te refieres a los que son como tú?

—Calladito, chaval.

Weston nos recibió en la puerta, entre una nube de humo de tabaco, y estrechó la mano de Joe cuando los presenté.

—Que sepa que espero que usted no sea tan remolón como su socio —le dijo Weston. Era obvio que estaba loco por mí.

—Una vez aceptado el caso, ninguno de los dos va a remolonear en absoluto —contestó Joe—. Pero ha sido él quien me ha convenido para hacerlo, y no al contrario, señor.

—Eso me importa un carajo. Poneos manos a la obra y punto.

Nos acompañó hasta el salón. Yo me dirigí rápidamente al sillón reclinable y dejé que Joe se las viera con la silla de tortura.

Weston tomó asiento en el sofá y nos mostró una libreta.

—He estado trabajando en esto desde que se marchó usted ayer —me dijo, subrayando sus palabras con un movimiento de cabeza—. He escrito toda la información sobre Wayne que he podido recordar. He procurado centrarme en lo más reciente, claro está, pero también he anotado algunos antecedentes. Supongo que les resultará útil.

Al mirar a Joe me quedó claro que acababa de percatarse de algo que yo ya sabía: tal vez John Weston estuviera de luto y tuviera mal carácter, pero todas sus energías estaban puestas en resolver la investigación. A menudo, es difícil hacer que los familiares de las víctimas se abstraigan de sus sentimientos el tiempo suficiente como para proporcionar información. En este caso, ese no sería el problema.

—Vamos, échele una ojeada y mire a ver si me he olvidado de algo —me apremió Weston zarandeando la libreta frente a mí.

Cuando la tuve en mis manos, me quedé impresionado. Había rellenado casi veinte páginas con una escritura limpia y precisa,

todo en mayúsculas. Cada uno de los apartados llevaba un encabezamiento, como «Historial del Negocio», «Conocidos», y otros. En algunas de las hojas, incluso había pegado fotografías, completadas con notas al pie que las identificaban. Era justamente el tipo de informe que habíamos esperado confeccionar nosotros mismos después de aquella entrevista.

—Es muy minucioso —comenté—. Se lo agradecemos, señor Weston. Este es el tipo de información que necesitamos si queremos empezar enseguida con el caso.

—Eso es lo que me imaginaba —contestó, tras encender otro cigarrillo—. La policía ya me había preguntado por la mayor parte de lo que hay ahí, así que me figuré que ahorraríamos tiempo si se lo daba ya todo recopilado.

Dejé de pasar páginas al ver una fotografía de Wayne Weston vestido de uniforme.

—¿Su hijo estuvo en el ejército?

—Eso es. Ocho años con los marines. Era de la Force Recon —añadió Weston con orgullo.

Y yo entendía por qué se sentía orgulloso. La Force Recon era la élite de la Unidad de Operaciones Especiales de los marines, una rama equiparable a los Boinas Verdes y a los SEAL de la Armada.

—¿Qué edad tenía cuando se dio de baja en las fuerzas especiales?

—Veintiocho. Dejó los marines, volvió aquí y luego firmó y se enfundó el traje de los Pinkerton. Eso de la investigación privada le parecía interesante y estaba clarísimo que en la agencia no iban a rechazar a un veterano de la Recon —explicó el hombre—. Estuvo con ellos unos años y luego conoció a Julie y se casó. En Pinkerton lo hacían ir de aquí para allá todo el rato, así que decidí establecerse por su cuenta.

—¿Cuánto tiempo estuvo trabajando por libre? —le pregunté.

—Nueve años —contestó, tras una pausa para pensarlo—. Y vivía a lo grande. Tenía una casa preciosa, coches caros para Julie y para él, de todo.

Tras la neblina de humo del tabaco, los ojos castaños de Weston se veían sombríos.

—Me comentó que no tenía constancia de que tuviera ningún tipo de problema —proseguí—. Ni disputas familiares, ni dificultades financieras, ninguna cosa parecida.

—Eso es. Hablaba con él al menos una vez a la semana, y todo parecía estar en orden. Bueno, casi en orden. Las últimas veces que charlamos parecía más serio, ya saben, le costaba más pillar las bromas. —Dio una calada a su cigarrillo y se encogió de hombros—. A lo mejor era el invierno lo que lo estaba deprimiendo. Todo el mundo sabe lo que puede desgastar el maldito invierno de Cleveland.

—¿Habló de algún asunto de trabajo que le preocupara? —preguntó Joe—. ¿Un caso complicado, un cliente difícil, algo así?

—No, nada de eso —respondió con disgusto. No como si estuviera ocultando algo, sino como si lo incomodara no tener a quién culpar.

—¿Trabajaba solo?

—Sí. —Levantó un dedo al sobrevenirle un acceso de tos que sonaba como el petardeo de un motor diésel. Lo controló, blasfemó, le dio una impetuosa calada al cigarrillo y continuó hablando—. Al principio tenía un socio, pero después el chico se trasladó a Sandusky y Wayne volvió a trabajar solo. A temporadas tenía algo así como, bueno, ¿cómo llamáis vosotros a eso?, «ayudante», supongo. De esos que están en prácticas mientras estudian, y a veces lo ayudaba con el trabajo de investigación, cuando estaba muy desbordado.

—¿Sabe el nombre del chico? —le preguntó Joe.

—La chica —precisó él—. Se llama April Sortigan. Está anotado en la libreta.

Dejé de revisar las notas y miré las fotos que Weston había incluido de su nuera, Julie, y su nieta, Elizabeth. Ya las había visto en las noticias y en los periódicos, pero eran primeros planos, en cambio el hombre había puesto instantáneas de ambas en varias situaciones familiares. Julie Weston era preciosa, de rasgos italianos, el tipo

de cuerpo con que sueñan los hombres y una sonrisa tan luminosa y auténtica que me casi me obligaba a desviar la vista.

Elizabeth Weston era una copia en miniatura de su madre. Tenía la misma piel oscura, el mismo pelo y los mismos ojos que ella, aunque su sonrisa era incluso más radiante. En una de las fotografías llevaba un vestidito azul y sostenía un ramo de flores; parecía que estuviera riéndose de algo que hubiese dicho el fotógrafo. En el pie de foto, escrito por John Weston, decía que había sido tomada durante la última Pascua. En otra de las fotografías, Elizabeth llevaba un gorro de fiesta. Sostenía un perrito caliente en la mano y tenía la boca manchada de ketchup. John Weston había escrito debajo de la foto: «Quinto cumpleaños, agosto». Cerré el cuaderno deseando que nos hubiera dado unas fotos menos personales, algo más parecido a esas frías fichas sin sonrisa a las que la policía está acostumbrada.

Permanecimos con él un rato más, pero el caso estaba todavía demasiado verde como para hacer preguntas más precisas, y la información general ya estaba contenida en el cuaderno.

—Nos pondremos en contacto con usted cada pocos días —dijo Joe cuando nos íbamos—. También es probable que le telefoneemos para hacerle más preguntas en cuanto encontremos alguna pista.

—Perfecto —contestó John Weston, de pie junto a la puerta—. Hagan lo que consideren necesario. No me preocupa el dinero. Lo único que quiero es demostrar que mi hijo fue asesinado, y encontrar a mi nieta y a su madre.

Joe contemplaba el asta de la bandera plantada en medio del jardín al tiempo que apretaba la mandíbula casi imperceptiblemente.

—Señor —le dijo—, vamos a hacer lo posible para que la verdad salga a la luz. Pero quiero que sepa que si, después de investigar un poco, todo apunta a que su hijo se suicidó, no vamos a engañarle ni a marear la perdiz. Le diremos que esa parece ser la verdad y ahí acabará nuestra investigación.

Weston agarró el pomo de la puerta aún con más firmeza.

—Agradezco que un hombre no esté dispuesto a perder el tiempo tontamente —contestó—, pero yo estoy aquí desde hace algún tiempo, amigo, y no soy ningún idiota. Si ustedes dos son mínimamente buenos en lo suyo, serán capaces de averiguar que a mi hijo lo asesinaron. Apostaría mi vida.

En ese momento lo miré a los ojos y pensé: «Tal vez ya lo haya hecho».